

UN AVIS RARA: CARLOS MARTÍNEZ RIVAS

Miguel Ángel Echegaray

En su libro *Pájaros de Hispanoamérica*, especie de álbum de afectos literarios, Tito Monterroso dedicó un lugar a esa *rara avis* que fue Carlos Martínez Rivas. Reproduzco aquí el breve texto de Monterroso:

Managua, hace unos días. Encuentros muy breves con Carlos Martínez Rivas (la intensidad de cuya poesía me es imposible medir o expresar). Se empeña en no publicar nuevos libros después de *La insurrección solitaria*, su único libro formal, publicado por primera vez en 1953, y en el que recoge su anterior *El paraíso recobrado*, de sus veinte años, ni siquiera ahora que obtuvo, hace dos, el premio Rubén Darío. Como Rulfo, piensa que lo ya publicado es suficiente, y cuando le hablo de esto me dice: '¿Para qué? Si mi libro anterior tiene todavía algo que roer que siga siendo roído como un hueso hasta que no le quede nada'. Como pienso que todavía le queda y que siempre le quedará mucho, no insisto, y pasamos a otra cosa.

Pero si bien Martínez Rivas parecía conformarse con lo ya publicado, la verdad es que intentó hilar un libro del calibre de *La insurrección solitaria*, pero no lo consiguió. Podríamos especular cuáles fueron las razones y no llegar a ninguna conclusión segura. Nuestra glotonería de lectores nos obliga siempre a pedirle más y más a nuestros escritores favoritos, hasta colocarlos en una posición incómoda. Pienso que Martínez Rivas pudo publicar dos o tres libros adicionales, no lo hizo porque en su ánimo no estaba agrupar poemas que consideraba de ocasión. Imaginaba una obra con sentido unitario y coherente; una obra, según el paradigma que se impusieron muchos poetas de su generación.

Sin embargo, no dejó de escribir. Fuera en papeles sueltos o en las paredes de su casa, pergeñó un gran número de versos que todavía estamos a la espera de conocer.

Otra razón de su desinterés por publicar, presumo, fue su desdén por la poesía como disciplina artística u oficio dado, por el que el poeta se convierte en un profesional de la palabra, la imagen y la metáfora. Ninguna rutina de escritura le pareció adecuada ni necesaria.

Envuelto en la incertidumbre existencial, W. H. Auden cifró en la poesía una esperanza de iluminación. Así lo escribió en *El prolífico y el devorador*: “el único modo en que alguna vez veré algo claro será a través de la palabra y el símbolo”.

Asocio su dicho con la condición de poeta de Carlos Martínez Rivas, pero salvando una diferencia, es decir, el nicaragüense no tuvo dudas, pues vivió convencido de haber visto muchas cosas “a través de la palabra”. Por eso sus poemas son tan rotundos y definitivos. No se detuvo en especulaciones o turbaciones, ni requirió de una excesiva certeza para asumirse como, si cabe el calificativo, un poeta vidente.

A veces subrayó su clarividencia al implicar pasajes bíblicos en sus poemas. Procedimiento que no lo define como un escritor cristiano, sino que más bien nos remite a una empeñosa abolición de límites entre lo sagrado y lo profano: la palabra poética compromete su destino con la palabra divina. Más que sagrada o mítica, Martínez Rivas halló en los Evangelios una revelación literaria con la cual alimentar su obra.

Aún queda mucho por roer de su poesía, no sólo de la ya conocida, pues se sabe que una buena cantidad de cuadernos inéditos, muchos de ellos acompañados con dibujos, reposan en la que fuera su casa de Altamira del Este.